

eran mejores sus pechos que el vino: entendiendo por los pechos divinos la leche de la dulzura espiritual, y por el vino los deleites del mundo: declarando por esto la ventaja que hacen estos divinos deleites á todos los otros deleites que fuera de Dios puede haber.

Estos y otros tales son los efectos deste altísimo sacramento. Lo cual nadie debe tener por increíble. Porque estando toda la majestad de Dios real y verdaderamente en él, no habian de ser pequeños los efectos que por él se habian de obrar. Y pues el Apóstol dice (x) que son incomprendibles las riquezas de gracia que trajo el Salvador al mundo (las cuales señaladamente se comunican en los sacramentos), ¿cuánto mayores han de ser las deste, que es el mas excelente dellos?

Catecúmeno. Mucha razon teneis en eso. Porque cuando tal liúésped entra en una ánima, todo eso que hasta aquí habeis dicho se debe con mucha razon creer. Mas una cosa me queda por preguntar, y es: que si para gozar de todos esos fructos se requiere que una ánima esté tan purgada y limpia como habeis dicho, como sean tan pocas las ánimas en quien se halle esta disposicion, síguese que pocos serán los que participen esos beneficios.

M. Es verdad que todas las causas, así naturales como sobrenaturales, obran conforme á la disposicion que hallan en la materia. Y así vemos que el fuego luego se enciende en la leña seca; mas si está ménos seca, mas tarde se encenderá. De modo que segun fueren los grados de la sequedad, así será la operacion del fuego. Lo mismo pues decimos deste sancto sacramento: el cual aunque en solas las ánimas muy purificadas obré estos tan señalados efectos, pero no deja de obrar tambien en las otras, segun la devocion y disposicion que hay en ellas. Por donde vemos muchos sacerdotes, los cuales sin tener largos espacios diputados para vacar á Dios, con decir cada dia una misa devotamente, recogiendo un poco ántes della, y otro poco despues, viven en temor de Dios, y se les pasa toda la vida ó la mayor parte della sin hacer cosa que sea pecado mortal. Y aun mas os diré: que puede haber caso en que llegándose una persona á este sacramento, por virtud del resuscitado de muerte á vida, y del pecado á la gracia. Y esto acaesce cuando el hombre ni tiene propósito de pecar, ni se acuerda de pecado que no haya confesado. Y puede ser que con todo esto no esté en estado de gracia. Pues de tal persona como esta dicen los doctores que por virtud deste sacramento resuscita de muerte á vida, y de estado de condenacion se pone en estado de salvacion. Y así dijo Sant Augustin (y) que este sacramento no solo mantiene y sustenta los que halla vivos, sino tambien resuscita los muertos.

C. Gran cosa es esa que habeis dicho, y de gran consolacion para algunos flacos y escrupulosos, que por un indiscreto temor dejan de llegarse á este summo sacramento, y así pierden ese beneficio y otros que con él recibirian.

§. IV.

Conclúyese el propósito de la voluntad divina por la naturaleza de la bondad.

MAESTRO.

Agora será bien que volvamos á nuestro propósito, y de lo dicho concluiremos en pocas palabras el querer y

(x) Ephe. 5. (y) In Evang. Joa. tract. 25. etc.

voluntad de Dios. Para lo cual conviene repetir todo lo que hasta aquí habemos tratado de la naturaleza del bien. Del cual dijimos que su naturaleza es comunicarse á todos. Y cuanto la bondad es mayor, tanto mas participa esta condicion. Y cuando ella es perfecta, no hay trabajo á que no se ponga para dar á otros parte de sí mesma: como lo vemos en aquel sancto Apóstol (z), que hacia de sí mil manjares, y se hacia todo á todos, por hacer salvos á todos: que es por comunicarles el bien que él tenia; el cual deseo era tan grande, que deseaba hacerse anatema de Cristo por hacer salvos á sus hermanos.

Pues siendo esto así, ¿qué podremos juzgar de aquella summa y infinita bondad? Ciertamente es que cuanto ella es mayor que toda la bondad criada, tanto es mas comunicativa de sí misma; y tanto es mayor el deseo que tiene de hacer á todos buenos y sanctos, como él lo es. Esta teología nos enseña aquel gran teólogo Dionisio, el cual en el libro de los Nombres Divinos dice así (a): Por cuanto Dios es un bien substancial, pretende comunicar su bondad á todo lo que tiene sér: así como el sol comunica su luz á todas las cosas. Y en el libro de la Hierarquia Celestial repite esta misma sentencia por estas palabras (b): Todas las cosas pretenden Dios hacer semejantes á sí, y comunicarles sus dones segun la capacidad y naturaleza de cada una. Y en este mismo libro declara mas este natural deseo de aquella summa bondad por estas palabras (c): Cristo busca con grande amor á los que se retiran y apartan del, y procura y ruégales que no desaparen al que con tanta fuerza de amor los busca. Y no contento con esto, tolera benignísimamente á los que dilatan su venida, convidándolos con sus promesas, y atrayéndolos con sus regalos. Pues siendo esto así, ¿qué cosa puede ser mas conforme á esta summa bondad, que haber instituido un sacramento tan poderoso para hacernos participantes de su bondad y sanctidad, y por consiguiente de todos estos efectos que hasta aquí habemos referido? Y si despues de declarados en el libro precedente los fructos del árbol de la sancta Cruz (los cuales todos son ayudas y socorros para hacernos sanctos y buenos), concluimos luego que no era cosa indigna de aquella soberana bondad padecer muerte tan ignominiosa para hacernos todos estos bienes: ¿cuánto mas concluirémos agora haber él ordenado un sacramento que tan admirable virtud y poder tiene para nuestra sanctificacion? Y si es tan grande el deseo que desto tuvo aquella inmensa bondad, que no extrañó este linaje de muerte por razon de tan grandes bienes como se nos seguian della, ¿cuánto ménos extrañará ordenar este divino sacramento, de que tantos bienes se nos siguen, mayormente no le costando ya esto sudor de sangre, y muerte como lo otro? Oso decir con verdad que es tan propia obra de Dios la institucion deste summo sacramento, que si me propusiesen esta obra por una parte, y la creacion deste mundo por otra, y me preguntasen, cuál destas tendria por mas propia y mas digna de Dios, sin dubda responderia que la institucion deste divino sacramento. La razon es porque aquello es obra mas digna de Dios, de que resulta mas gloria á él, y mas provecho á los hombres. Pues cuán pequeño haya sido el provecho espiritual que los hombres sacaron de la obra de la creacion (aunque esto haya sido por culpa dellos) vese por los pecados y idolatrías

(z) Rom. 9. 1. Cor. 9. (a) Cap. 4. (b) Cap. 5. (c) Cap. 15. et Epist. 8.

que en el mundo reinaron hasta la predicacion del Evangelio; y esto tomando ocasion para ello de la hermosura y excelencia desas mismas criaturas. Mas este sanctísimo sacramento ha sido la principal causa de la sanctidad de cuantos mártires, y confesores, y vírgines ha habido en la Iglesia, y habrá hasta el fin del mundo; porque el principal socorro y esfuerzo que todos ellos tuvieron para vencer el mundo, el demonio y la carne, deste pan celestial les vino. Pues ¿cómo no será esta mas excelente, mas digna y mas propia obra de aquella infinita bondad y sanctidad (que tanta eficacia tiene para hacernos buenos y sanctos) que criar el mundo? Y si decís que fué obra de gran poder con solas palabras criar el mundo, á esto digo que no se requiere menor poder para mudar la substancia del pan y del vino tantas mil veces cada dia en la substancia del cuerpo y sangre de Cristo, por virtud de las palabras que pronuncia un sacerdote.

Catecúmeno. Gran cosa es esa que decís; y querria saber la razon della.

M. La razon es, porque (segun tantas veces habemos en esta escriptura dicho) como la cosa de que Dios mas se precia, y por la cual quiere ser mas conocido y alabado, sea su bondad y sanctidad, la cual predicán siempre aquellos espíritus soberanos en el cielo (d), y esta resplandezca mucho mas en los misterios de nuestra redempcion y sanctificacion que en la fábrica de todo este mundo visible; síguese que aunque la una y la otra sean obras propias de Dios, esta lo es mucho mas, porque descubre mas de su bondad que la otra.

C. No tengo que responder á esa razon tan eficaz, sino es decir que por otra parte parece cosa indigna de esa misma bondad entrar en las ánimas de algunas personas que comulgan ó celebran indignísimamente, como cada dia vemos.

M. Hermano, es Dios en tanta manera bueno, y tan deseoso de hacernos bien, que ninguna cosa tiene por indigna de su majestad, que sea provechosa para nuestra salud. Y cuanto esas personas que decís son mas indignas de ese beneficio, tanto mas se descubre por ahí la grandeza de su bondad y el amor que tiene á sus leales amigos; pues no tiene asco de pasar por tales manos para venir á morar en ellos. Porque si para obrar el misterio de nuestra redempcion consintió ser entregado en manos de pecadores, y de los príncipes de las tinieblas que moraban en ellos, ¿cómo extrañará agora lo que entónces no extrañó? Y demas desto, bien sabeis que la luz del sol pasando por todos los albañares de la tierra, no recibe alguna inmundicia por eso; pues ¿cuánto ménos la recibirá entrando en esas ánimas aquel que es la misma pureza y limpieza?

§. V.

Se debe en este misterio sacrificar el entendimiento en obsequio de la fe; respóndese á un argumento.

CATECÚMENO.

Satisfecho quedo con esa razon; mas quedame otro escrúpulo, que es cómo sea posible que aquel sacratísimo cuerpo del Salvador esté todo encerrado en una pequeña hostia.

Maestro. A eso no quiero responder sino con aquella muy cristiana y prudente respuesta que Sant Augustin da á semejantes obras y maravillas de Dios, diciendo (e): Concedamos que Dios puede hacer alguna cosa

(d) Esaí. 6. (e) De civit. Dei, lib. 21. cap. 5. 6. 7.

la cual no pueda comprehender nuestra razon. Porque en las tales obras toda la razon es la omnipotencia de quien las hace. Con esto pues se debe contentar el cristiano humilde, sin querer mas saber: en lo cual consiste el mérito de la fe, que es creer lo que no vemos; y con esto empleamos en servicio de nuestro Criador una nobilísima pieza que él en nuestras ánimas crió, que es el entendimiento y la razon. Porque si en aquel primer mandamiento de la ley (f) nos mandan emplear en el amor y servicio de nuestro Criador todo lo que él en nosotros crió, y una de las piezas mas principales es nuestro entendimiento, este señaladamente es justo que le sirva, y su principal servicio es creer lo que no puede entender. Porque creer lo que él por sí alcanza y entiende, es de ménos valor. Y por tanto, así como entónces sirve mas la voluntad á Dios, cuando por su amor ama lo que repugna á su naturaleza (como cuando ama á sus enemigos y perseguidores, y les desea todo el bien); así tambien le sirve con el entendimiento, cuando lo humilla, y captiva, y subjecta á creer las verdades que no alcanza. Porque entónces hace sacrificio á Dios de su Isac (g): que es de una nobilísima potencia que en sí tiene.

C. Teneis, Maestro, razon; porque no era justo que esa nobilísima parte de nuestra ánima quedase exempta del servicio de su Criador: ántes convenia que cuanto ella es mas noble, tanto mas se emplease en el servicio de quien la crió. Mas quiero yo con vuestra licencia vestirme agora del espíritu de un filósofo gentil, y poner una objeccion contra todo lo dicho. Concederos ha este filósofo que ese amor, y alegría, y consolacion, y esa tan grande admiracion que conciben las ánimas religiosas cuando comulgan, procede de una vehemente imaginacion y fe que tienen de que aquel grande y inmenso Dios los ama tanto, que tiene por bien de venir en su propia persona y majestad á ellos, y hacer en ellos su asiento y morada. Porque esta es una cosa tan grande, que solo imaginarla basta para causar en las ánimas esa admiracion y consolacion que habeis dicho. Esto podrá decir un filósofo gentil.

M. ¡Oh cuánto huelgo de haberme vos propuesto esa objeccion; porque me dáis motivo para deciros una cosa que sirve grandemente para la confirmacion de la fe deste misterio. Decirme que sola la imaginacion dese tan grande beneficio basta para causar todos esos efectos susodichos. Pues decidme agora: si sola la imaginacion dese tan grande beneficio basta para eso, ¿cuánto será mas poderosa para ello, no ya sola la imaginacion, sino la verdad dese misterio? Porque ¿quién podrá negar que mueva mas la verdad de las cosas, que la imaginacion sola dellas? ¿Cuánto mayor temor causará en mí ver un toro venir contra mí, que solo imaginarlo? Pues si tanto mas nos mueve la verdad de las cosas que la imaginacion sola dellas, ¿cuán digna cosa será de aquella infinita bondad, que tanto desea hacer á todos buenos, haber instituido un sacramento tan poderoso para esto, que solo imaginarlo bastaria para ello? ¿Veis qué grande sea la fuerza desta razon? Y no os maravilleis, hermano, de que hagamos tantas veces fundamento de la bondad de Dios para tratar de sus cosas; porque (como ya dijimos) el primer principio de todas las obras de Dios es su inmensa bondad. Porque como en él no tenga lugar ni la necesidad, ni el hado, ni obligacion, ni deuda que

(f) Deut. 6. Mathe. 22. (g) Gen. 22.

deba á alguna criatura (antes todas deben á él lo que son, y lo que tienen), siguese que ninguna otra causa le puede mover á todo lo que hace, sino sola bondad. Y esta es la mejor y mas cierta manera de filosofar en sus obras que hay, reduciéndolas todas á esta bondad. Esta pues le hizo dejarnos acá esta joya mas preciosa que todas las piedras preciosas. Con esta dejó ornamentada y enriquecida su Iglesia, con esta le tiene compañía en este lugar de destierro, con esta la consuela en sus trabajos, con esta la defiende en sus peligros, con esta la esfuerza y alienta para todo lo bueno, con esta la hinche de santos propósitos y deseos, con esta la hace arder en amor y deseo de las cosas del cielo, y le causa hastío y desprecio de las vanidades del mundo; con esta la incorpora y ayunta consigo, con esta la hace participante de los trabajos y méritos de su sagrada Pasion, y con esta finalmente le da una prenda firmísima de la vida eterna. Pues ¿quién pudiera instituir una cosa tan saludable y provechosa como esta, sino Dios? ¿Cuya habia de ser esta invencion, que tanto importa para hacernos buenos, sino de aquella summa y infinita bondad? Ni tenga nadie por menoscabo de su grandeza entrar en el pecho de una criatura tan baja. Porque esta sentencia ha de tener fija en su corazon todo cristiano: que este Señor no tiene por cosa indigna de su majestad todo lo que sirve para hacer bien á sus criaturas.

§. VI.

Inmenso amor que en este soberano misterio se nos descubre.

CATECÚMENO.

Eso y mucho mas se debe creer de la inmensidad de la divina bondad, que tanto desea nuestra santificación. Mas una cosa os querría pedir, si no os diese molestia, y es, que así como tratando de la sacratísima Pasion del Redemptor, primero tratastes de lo que pertenecia á esclarecer el entendimiento, y confirmarlo en la fe, y despues de lo que ayudaba á encender la voluntad en amor dél; así lo queráis agora hacer en este misterio. Porque habiendo probado el poder y querer de Dios, está muy bien fundada la fe; mas agora querría que me enseñádes lo que tengo de considerar para amar al dador deste tan grande beneficio, y para disponer y aparejar mi ánima cuando lo hubiere de recibir.

Maestro. Todo cuanto hasta aquí habemos dicho (si bien lo habeis entendido) sirve para ambas cosas; mas para mayor edificación vuestra añadiré algo á lo dicho, y esto será declararos lo que nuestro Señor quiere que concibamos desta tan grande obra. Porque unas veces declara él lo que quiere por palabras, y otras por las mismas obras que hace, sin palabras; porque por esto dijo David (h) que los cielos predicaban la gloria del Dios, y que no habia gentes ni naciones que no entendiesen este lenguaje. Pues conforme á esto os quiero declarar algo de lo que el Salvador nos quiso dar á entender por esta obra, la cual tengo por tan propia suya, como la creacion de los cielos.

Pues esta obra primeramente nos declara la grandeza del amor que nos tiene. Porque la condicion y naturaleza del amor es querer estar siempre en compañía del amado, y nunca apartarse dél. Lo cual dice Sant Dionisio por estas palabras (i): El amor tiene tanta virtud y fuerza para unir los corazones en uno, que no deja á los

(h) Psalm. 18. (i) Dionys. de Divin. Nom. cap. 4. prop. fin.

que aman tener perfecto señorío sobre sí mismos. Por donde aquel divino amador decia (k): Vivo yo, ya no yo; mas vive en mí Cristo. Esto dice, porque el ánima del sancto Apóstol mas estaba en Cristo que en sí mismo. Por lo cual dijo un filósofo que el que amaba, estaba muerto en su cuerpo propio y vivia en el ajeno. Porque allí tiene todos sus pensamientos, sus cuidados, sus gustos, sus deseos, y finalmente todo está en él. Lo cual es tan propio del verdadero y perfecto amor, que dél mismo se dice (l) que es union y conformidad de dos corazones y voluntades, en las cuales hay un mismo querer y no querer. Pues siendo esta la naturaleza y condicion del amor, ¿qué mayor indicio del grande amor que el Salvador tiene á las ánimas de los suyos, que haber instituido un tan admirable sacramento para unirse con ellas y estar y morar en ellas? ¿No es esto lo que él mismo significó cuando dijo (m): El que come mi carne, y bebe mi sangre, él está en mí, y yo en él? Y de aquí se infiere, que así como yo recibo la divinidad y vida de mi Padre, por estar él en mí, así la vida del que dignamente me recibiere, será semejante á la mia por morar yo en su ánima.

Donde es mucho para considerar que si el Salvador pretendia con este pan celestial dar mantenimiento y refeccion á las ánimas, comunicándoles por él su gracia, bien pudiera él hacer esto dando virtud sobrenatural á este divino manjar para darnos su gracia, como la da al agua del sancto bautismo, y á los sagrados olios, sin estar su real y verdadera presencia en ellos, de la manera que aquí está. Mas fué tan grande su caridad y amor para con los hombres, que demas de la gracia que por este sacramento se nos da, quiso que morando él en nuestras ánimas nos la diese. De modo que así como pudiera él santificar á su precursor estando ausente, mas para mayor gloria de su sancto quiso él venir en persona á santificarlo: así pudiera él comunicarnos su gracia sin esta real presencia, mas quiso él para mayor consolacion y gloria nuestra venir con su presencia á darla. Gran merced es la que el Rey hace á un vasallo enfermo enviándole una muy saludable medicina; mas ¿cuánto mayor merced es que el mismo Rey venga en persona á traérsela? No hay comparacion de lo uno á lo otro. Pues esto mismo hace aquí el Rey del cielo con los hombres, para curar sus enfermedades. Pues ¿qué gracias le debemos por esta tan grande gracia, y con qué amor responderemos á este tan grande amor?

La segunda cosa que en este misterio resplandece, es la inmensa bondad de nuestro Criador, el cual no se desdeña de querer descender á morar en una casa tan pobre como es el corazon del hombre. Porque ¿qué cosa es el hombre, sino, como se escribe en el libro del sancto Job (n), polvo, y ceniza, y gusanos, y podredumbre, y sombra que parece algo y no lo es, y hoja de un árbol que á cada viento se menea, y aun paja seca que es mas movediza y mas liviana? Pues David en un lugar hablando del hombre, dice (o) que él es toda la vanidad junta; y en otro pasa tan adelante, que en lugar de lo que nuestra letra dice (p): Vanos son los hijos de los hombres, y mentirosos en las balanzas; otros trasladan: Son tan vanos los hijos de los hombres, que si se pesaren en una balanza, hallarse han mas livianos que la misma vanidad. Quiere decir, que si el hombre se pusiere en

(k) Gal. 2. (l) D. Thom. 1. 2. q. 28. art. 1. ad. 2. (m) Joan. 6.

(n) Job. 15. (o) Psalm. 38. (p) Psalm. 61.

§. VII.

Especial providencia que se nos descubre en este sacramento, y singulares motivos de esperanza.

La cuarta cosa que nos declara este divino sacramento, es la providencia especial que nuestro Señor tiene de su Iglesia, proveyéndola de un sacramento que tanta virtud y eficacia tiene para la santificación de las ánimas, y que tan maravillosos efectos obra en ellas, como arriba dijimos; mas ¿qué dijimos? Porque ¿quién tendrá boca para explicar las virtudes y excelencias deste pan celestial? Muchas ánimas religiosas y devotas hay en la Iglesia que esto sienten; pero ninguna habrá que pueda bastantemente explicar lo que siente. Mas esto podrá decir con verdad: que entre todos los espirituales ejercicios de vigiliias, y sanctas oraciones, y meditaciones, y liciones, y otras cosas tales, en ninguno recibe el ánima que está dispuesta tan grande edificación, tan grande esfuerzo, tan grande consolacion y tan grande ardor de caridad, como cuando recibe este pan celestial. Porque dado caso que en todos estos ejercicios esté Dios, mas aquí está juntamente la virtud del mayor de los sacramentos, y con ella la presencia verdadera y real del mismo Cristo. Lo cual entre otras cosas sirve para que considerando los hombres (cuando se llegan á comulgar) que está allí presente la divina Majestad, se lleguen con mayor temor y temblor, y mayor humildad y reverencia, viendo con los ojos de la fe (que son mas ciertos que los del cuerpo) estar allí Dios todo-poderoso. De donde nace que aun los hombres poco devotos, cuando se llegan á comulgar, se recogen y humillan dentro de sí, y se disponen con mas acatamiento y reverencia para esto, no tanto por la reverencia que les pide el mismo sacramento, cuanto por la presencia de la Majestad que reconocen y creen estar en él.

Resplandesce tambien aquí la divina Providencia en la conveniencia del medio tan proporcionado que ordenó para nuestra santificación: lo cual se entiende por la condicion del fin para que el hombre fué criado, que fué para ser participante de la bienaventuranza y gloria del mismo Dios. Y pues entre el fin y los medios ha de haber orden y proporcion, siguese que el que ha de ser semejante á Dios en la gloria, ha de ser agora semejante á él en la pureza de la vida; y pues ha de ser divino en lo uno, conviene que lo sea tambien en lo otro. Pues segun esto ¿qué medio podia haber mas proporcionado y mas eficaz para hacer al hombre divino en la vida, que recibir al mismo Dios en su ánima? Porque ¿cuál otra criatura sino Dios era poderosa para causar esta vida divina? Ca ninguna causa puede dar lo que no tiene; y pues ninguna criatura tiene divinidad, ninguna era poderosa para dar esta manera de divinidad, sino el mismo Dios. Y si esto considerasen los herejes y infieles, no extrañarían la presencia de la divina Majestad en este sacramento.

Ayúdanos tambien grandemente este divino sacramento para alcanzar un familiar amor y confianza con nuestro Salvador. Porque á no haber esto de por medio, cuando considerase el hombre la alteza de Dios, y su propia vileza y bajeza, y la infinita distancia que hay entre el Criador y su criatura, pudiera imaginar que una naturaleza tan alta y tan encumbrada sobre todos los entendimientos criados, no descendiera á tener comercio, y comunicacion, y familiar amistad con

(q) Josué 5. (r) D. Thom. opusc. 37. de Sac. Alt.

una tan baja criatura como es el hombre. El cual pensamiento nos fuera impedimento de grandes bienes. Pues porque esto no hubiese aquí lugar, quiso este clementísimo Señor encerrarse en este divinísimo sacramento, y morar acá con nosotros en la tierra el que tiene su tabernáculo y morada en el cielo; y lo que mas es, entrar dentro de nuestros cuerpos, para que con este tan claro argumento de su real presencia entendiesemos que tan vecino y tan presente estaba á nuestras ánimas, y al socorro de nuestras necesidades, cuanto lo estaba con esta presencia sacramental; y así nos conociesemos que aquel Señor que ántes se gloriaba diciendo (s) que era Dios de lejos, porque todas las cosas veía, aunque estuviesen muy alejadas, agora nos podemos nosotros gloriar que es Dios de cerca (t), pues tan familiar y vecino se ha hecho por este sacramento á los hombres.

Por este mismo sacramento nos declara tambien una cosa digna de grande admiracion y amor, que es, ser él esposo de nuestras ánimas, y así por medio dél entra en ellas á hacerse una cosa con ellas. Porque así comò en lo corporal entònces se dice ser el matrimonio consumado, cuando de dos carnes se hace una: así en lo espiritual entònces se consuma este sancto matrimonio, cuando se junta el espíritu humano con el divino, lo cual se hace por medio deste summo sacramento, como el mismo Salvador lo significó por estas clarísimas y divinas palabras (v): Quien come mi carne y bebe mi sangre, él está en mí y yo en él. De modo que como en el matrimonio corporal de dos carnes se hace una, así en el espiritual de dos espíritus se hace uno; mas de tal manera, que no se muda el espíritu divino en el humano, sino el humano en el divino, participando la virtud, y sanctidad, y pureza dél. Por lo cual todas las veces que el ánima religiosa recibiere este divino sacramento, entienda que en esta dichosa hora el esposo celestial entra en ella á consumir este sancto matrimonio. Pues siendo esto así, ¿con qué amor, con qué devocion, con qué humildad, con qué alegría, y con qué reverencia, y con cuánto encogimiento y vergüenza debe ella recibir á un Señor de tan grande bondad y majestad, que no se desdenea de tomar por esposa á la que no merece llamarse sierva? Tambien quiero que sepais que este sancto matrimonio no es estéril; mas los hijos que nacen del son sanctos propósitos y deseos, dulces lágrimas y consolaciones, y fructo de obras merecedoras de vida eterna; y finalmente todas las virtudes.

Catecúmeno. Alégrome tanto, Maestro, con oiros tratar estas materias, que no os he querido cortar el hilo de la plática con mis rudas y ignorantes preguntas. Por tanto si teneis mas que decir de materia tan suave, decid, ruégoooslo, porque yo nunca me cansaré de oirlo.

M. Otro fructo inestimable tenemos en él (demás del que se nos comunica cuando le recibimos), que es estar en todas las iglesias, para que cuando los fieles acuden á este lugar á presentar sus necesidades y peticiones á su Criador, sepan que lo tienen allí por una especial manera presente, y que hablan con él cara á cara. Lo cual es ósea que grandemente despierta la reverencia, y la confianza, y la devocion de los que oran, viendo que están hablando y negociando con un Señor que no es ménos piadoso que poderoso para remediarlos. Y aunque este sea beneficio comun á todos los fieles, pero es muy especial de los religiosos y religiosos, que

(s) Psalm. 137. (t) Ephes. 2. (v) Joan. 6.

moran en sus monasterios, donde está este divino sacramento, y donde tienen en las noches, ántes y despues de los maitines, un muy grande aparejo para vacar á Dios en presencia deste sanctísimo sacramento. A lo cual tambien no ayuda poco el silencio de la noche, y la soledad y escuridad del lugar, para recoger mejor los sentidos y ofrecer todo su corazon al Señor que presente tienen. Pues todos estos fructos y provechos susodichos nos declaran la providencia paternal de aquel Señor que tan copiosamente proveyó á nuestras necesidades con este divino misterio.

Resumiendo pues lo que está dicho, estas cuatro divinas perfecciones nos testifica y predica sin palabras este sancto sacramento: que son la inmensa caridad, y la bondad, y la suavidad, y la providencia del que lo instituyó. Pues, ¿qué tan grandes estímulos y motivos tenemos aquí para amar este Señor? Porque, qué nos pide la grandeza de su caridad y amor, sino retorno de amor? y qué su infinita bondad, sino amor, pues el objeto de la voluntad es la bondad? y qué la grandeza de su dulcedumbre y suavidad, sino amor? y qué finalmente la providencia que tan copiosamente nos proveyó de remedio con este sacramento (con el cual se nos comunican tantos bienes), sino amor? Pues, ¿qué corazon habrá tan helado, que con estas brasas no se encienda, viéndose por todas partes cercado de tantos estímulos de amor? Con esto, hermano, tengo respondi-do á vuestra peticion, declarándoos lo que sirve para encender vuestra voluntad en amor deste Señor que así se nos quiso comunicar: verdad es que esto se ha dicho con mucha brevedad, pero vos tendréis aquí copiosa materia en que ocupar vuestro corazon.

Mas quiero pasar adelante de lo que me pedistes, declarándoos que no son menores los motivos que aquí tenemos para esperar, que para amar. Porque, ¿de quién esperaré yo mi remedio con mayor confianza, que de quien es todopoderoso y tanto nos ama? ¿En quién esperaré con mayor seguridad, que en tan grande bondad, pues es tan propio de la bondad hacer bien y comunicarse á todos? ¿Y cómo no esperaré en un Dios que tan blando y tan suave se muestra á los suyos en este sacramento? ¿Y qué otra cosa nos pide su providencia, sino esta confianza, pues ella nos declara el cuidado que tiene de nuestra salud? ¿Cómo cerrará la puerta á quien le pide socorro, quien sin pedirselo nos proveyó de tal remedio?

C. Espantado estoy, Maestro, de ver cuán grandes motivos de amor, y de confianza tenemos en este sanctísimo sacramento; pues no es una sola cosa, sino tantas juntas las que nos mueven á lo uno y á lo otro. Y bien parecé que veía nuestro Señor la frialdad de nuestros corazones, y los desmayos de nuestra confianza, quien tan gran remedio proveyó para la cura destas dolencias. Aquí tenemos pues bastante leña para encender en nuestros corazones estas dos virtudes teologales, que son la caridad y la esperanza. Quédanos agora la fe, que es tambien virtud teologal, y por esto deseo saber si tenemos tambien aquí motivos para ella, como para sus dos hermanas; porque esto es lo que mas propriamente pertenece á la doctrina de catecúmeno.

M. Heme extendido mucho en esta materia, y con todo eso es tan poco lo que tengo dicho de tan gran misterio, que no sé de cual de las dos cosas pida perdon, ó de haber sido tan prolijo, ó de haber quedado tan corto.

Mas mi intento ha sido no dilatar las cosas, sino apuntarlas, para daros despues materia en que pensar; y con la misma brevedad responderé á esta pregunta dejándoos el campo abierto para dilatarla.

Digo pues que dado caso que nadie pueda tener en esta vida certidumbre de fe que está en estado de gracia (si no fuese por revelacion de Dios), mas sin embargo desto las personas que tienen purgado el paladar de su ánima, reciben con este divino sacramento tan grandes consolaciones, tan grande luz y conocimiento de Dios, tan grande alegría, tan grande paz, tan grande hartura y quietud de espíritu, y sobre todo esto, tan grande mudanza de sus condiciones y inclinaciones antiguas (amando lo que ántes aborrescian, y aborresciendo lo que amaban, y holgándose con la memoria y presencia de la muerte de que ántes temblaban), que vienen á confirmarse tanto en la fe que tienen con la experiencia de cosas tan ajenas de sus propias inclinaciones, que aunque todos los hombres del mundo les dijese que su fe no era verdadera, á estos confiadamente responderian que todos ellos se engañaban, y que su fe era la cierta y la verdadera. Y esto dirian no por razones y argumentos humanos, sino por la mudanza que ven en sus ánimas. Por lo cual entienden con cuánta razon dijo el Profeta (x) que los que esperaban en Dios, mudaban la fortaleza. Porque los que no hallaban en sí mas que fuerzas humanas, que son fuerzas de carne flaca, vendrian á tener fuerzas divinas, que son fuerzas del Espíritu Sancto. Y esta mudanza que hallan en sí cuando con pureza de consciencia frecuentan este divino sacramento, les hace entender que es Dios todo-poderoso el que en él está; pues él solo es poderoso para mudar las condiciones y corazones de los hombres.

A esto añado otra cosa mas, y es: que el estilo de nuestro Señor es, cuando obliga á creer alguna cosa ardua, proveer de motivos y medios suficientes para que se crea: como lo vemos en la muchedumbre de las profecías que nos dan clarísimo testimonio de la venida del Salvador al mundo. Pues como entre las cosas mas arduas de nuestra religion sea la fe deste altísimo sacramento, quiso el Señor que lo instituyó, que fuesen tales los efectos que en las ánimas puras y devotas obrase, que él mismo diese testimonio de sí. Y así él es como la lumbrera del sol, que hace ver todas las cosas, y á sí mismo tambien con ellas. Por donde si preguntaren á una destas personas devotas cuál sea el artículo de la fe que creen con mayor voluntad, abiertamente confesarán que este, por las prendas y experiencias cotidianas que dél tienen. Pues por lo dicho (aunque brevemente) entenderéis cómo aquellas tres nobilísimas virtudes, fe, esperanza y caridad (que llamamos teologales, porque tienen á Dios por objeto, ó blanco á quien miran y acatan) crecen y se perfeccionan con la frecuencia deste divinísimo sacramento.

Concluyendo pues esta materia, digo que todos estos fructos y efectos admirables que obra este divino sacramento en las ánimas devotas, nos declaran la dignidad y eficacia que tiene para santificarlas, y juntamente nos predicán la sabiduría y providencia de aquel Señor que tal remedio y tal medicina instituyó para la cura dellas. Por lo cual podemos justamente afirmar que todos los sanctos que ha habido en el Testamento Nuevo, y habrá hasta la fin del mundo, deben su sanc-

(x) Esai 40.

tion á la virtud deste divino sacramento. Y de aquí nace que todas las personas que se han entregado al servicio de nuestro Señor, como sienten por algunas conjeturas este fructo en sus ánimas, viven con grande hambre deste pan celestial, y así lo procuran de frecuentar cuanto les es posible: como lo leemos en todo el discurso de la primitiva Iglesia, y como de presente lo vemos en todos los lugares donde hay algun rastro ó ejercicio de virtud y devocion. Por lo cual entendemos que este divino sacramento es mantenimiento universal con que toda la Iglesia hasta agora se sustenta, y hasta el fin del mundo se sustentará.

C. Muy edificado y consolado quedo, Maestro, con todo lo que hasta aquí me habeis enseñado. Y así por esto os doy muchas gracias; aunque mas las habia de dar al Señor, que por medio de sus ministros nos da conocimiento de sus misterios; pues no damos gracias á las abejas que nos fabrican los panares de miel, sino al Criador de todas las cosas, el cual les dió esa habilidad para nuestro provecho. Y con esto darémos fin á esta materia, y pasarémos á lo demás que me queda por aprender.

DIALOGO IX.

De la derogacion de los sacrificios y ceremonias de la ley.

CATECÚMENO.

Es tan dulce, Maestro, el conocimiento de la verdad y la lumbrera de la fe, que no tengo de dejar de importunaros, y proponeros todas las objeciones en que esta gente ciega suele tropezar. Para lo cual será necesario representar yo en mí la persona de los que están incrédulos, y proponeros las cosas que los ofenden. Entre las cuales una es la derogacion y mudanza de la ley antigua, que Dios ordenó: la cual, como sea dada por aquella summa justicia y sabiduría, no parece que en algun tiempo habia de cesar.

Maestro. Antes que responda á esa pregunta os advertiré de que en esa ley, que decis, hay tres diferencias de mandamientos: porque unos son morales, cuales son los diez mandamientos que Dios escribió con su dedo en las tablas de la ley (a); otros son legales, que tratan de los sacrificios y ceremonias que la ley mandaba (b); y otros judiciales, por los cuales se habian de determinar y sentenciar las causas civiles y criminales. Destas tres diferencias de mandamientos, los que llamamos morales (que pertenecen á las buenas costumbres) no han cesado, ni cesarán jamas; porque esos son leyes que Dios imprimió en los corazones de los hombres, para vivir conforme á ellas; mas de qué manera las otras leyes hayan cesado, lo declararémos adelante.

Para entendimiento desta materia presupongamos agora lo que al principio dijimos, que Cristo venia al mundo para ser Salvador no solo de los judíos, sino tambien de los gentiles. Esto probamos por tantos testimonios de Esaías, de David, y de los otros profetas, que no queda lugar para poderse dubdar; y la razon testifica lo mismo. Porque un tan gran Señor no habia de venir al mundo para salvar solamente un rincón de Judea, sino para ser comun Salvador del mundo. Y pues todos los hombres son criaturas suyas, hechas á su imagen y semejanza, y capaces de su gloria, no era razon que él desamparase lo que crió con esta capacidad, ni que fuese aceptador de personas, salvando un solo linaje de

(a) Exod. 20. Exod. 23. 25. etc. Levit. 1. etc. (b) Exod. 21. etc.